

De manera que sobrada razon tenian los que insistian diciendo que podíase subir y asomarse al cráter aun sin pisar nieve; es decir, subiendo por el lado del cascajo y de las piedras: pero es preciso observar que por este lado se hace un camino mas que doble y con mayor peligro que siguiendo el camino de la nieve: en efecto, este es el único que ahora practican los azufreros.

Pero no he dicho en mi relato de haber presenciado una tempestad bajo mis piés. ¡Qué lástima! ¡En verdad, muy bello, muy imponente ha de ser mirar debajo de sí á los elementos enfurecidos; recorrer rápido, quebrado, el mas terrible de los meteoros, el rayo; y mientras que éste, la lluvia, el granizo, y el viento embisten con toda su fuerza y violencia á la localidad sujeta; mientras es allí todo estruendo, terror y espanto, hallarse espectador inmune y disfrutar del mas hermoso dia! Yo nunca tuve tanta dicha ni espero tenerla.

Todos los que suben las alturas mas elevadas, los mas altos nevados, raro es que no cuenten haber visto una tempestad bajo sus piés; sin cuya circunstancia les parece no puedan interesar ni ser creidos; como si le faltara el sello de la verdad, sin agregarle esta hermosa mentira.

Eso es muy cierto, que á veces vemos nubes muy bajas, y arrastrarse casi al pié de las montañas; pero en este estado nunca las vemos disolverse en lluvia, y mucho ménos formar por sí solas una tempestad.

Cuando observamos alguna tempestad á lo lejos, que es cuando dicho fenómeno se observa mejor, porqué viéndole en conjunto se distinguen con mas claridad las varias nubes que la forman, como están acumuladas unas sobre otras, y apreciar con mas aproximacion sus diferentes alturas;

entonces vemos en su amontonamiento levantar los cúmulos sus gigantescas cabezas sobre las otras nubes, exceptuado los cirros que los exceden en altura, luego aplastarse, esfumarse hácia abajo y convertirse en lluvia, la cual no siempre llega hasta la tierra, á veces vuelve á convertirse en vapor.

Si miramos siendo ya noche el amontonamiento de nubes, veremos los cúmulos, cirro-cúmulos, y á los cirros mismos arrojar centellas, no de la base, sino del centro de la nube, y jamas de las nubes inferiores; desde donde, ya cayendo verticalmente, ya lanzándose hácia arriba, ya horizontalmente, ya oblicuo; en una palabra, sin direccion fija; ya en una centella única, y ya en muchas, ó dividiéndose en su carrera en varias, tomando cada cual diferente direccion; y nunca acabaria si tuviese que describir todos los accidentes caprichosos, las marañas de aquellos hilos candentes y deslumbradores.

Sentado esto, cuál será, pues, la altura de los cúmulos, cirro-cúmulos y cirros? No lo sé. Lo que puedo decir es, que he observado muchas veces dichas nubes detras del volcan, y excederle en altura dos, tres ó mas veces su parte nevada. Luego, ¿cuál garantía puede ofrecer la cúspide del Popocatepetl? Ninguna. Además, vemos á dicha cúspide cargada de nieve, la cual no fué acarreada allí con costales, sino que le cayó encima derramada de las nubes, las que no estaban ciertamente debajo sino sobre él.

Entonces, ¿qué fenómeno acaecerá cuando presencian las tempestades bajo los piés? El de soñar, ó el de querer interesar y embellecer mintiendo.

Habiéndome preguntado alguno si habíamos ensayado á tirar algun pistoletazo, con el fin de oír si producía el es-

tampido, ó si este era menor; diré que no hicimos esta prueba; pero hablando nos oíamos igualmente que en Tlamaca y en Ameca, sin esforzar nada nuestra voz. Relativamente á la respiracion, puedo decir, que al llegar tenia mucho afan, el cual provenia mas de la fatiga que de la naturaleza de la atmósfera, pues cuando hube descansado respiraba con la misma facilidad de ántes.

En la noche dos escopetazos nos anunciaron la llegada de los hermanos Corchados al rancho, los que tienen la empresa del azufre del Popocatepetl. Me obsequiaron con té, convidándome á cenar y á pasar la noche en su jacal; acepté lo primero, y relativamente á los otros ofrecimientos les dije que no los aceptaba para no hacer un desaire á mis compañeros, y hallada justa la razon no insistieron mas.

La noche fué muy rigorosa en cuanto al frío y el ruido que hacian los caballos con su continuado patear; el fuego que varias veces se apagó, y durmiendo todos tuve que cuidarle y componerle yo mismo si quise calentarme; tampoco faltaron de vez en cuando las ráfagas, que meciendo bruscamente los ocotes, producían un ruido parecido al de un aguacero.

Al dia siguiente, me levanté con los huesos tan adoloridos, que creí no seria capaz de moverme. Los Sres. Corchados invitaronme á subir con ellos al volcan; pero como desconfiaba de mis fuerzas, habia regalado á otro compañero al Sr. Lara el mecate áspero para amarrar los zapatos, y queria ademas apuntar el volcan desde la cumbre del cerro de Tlamaca; sin embargo, les propuse que iria cargado, lo que habiéndolo dicho de veras tomáronlo á broma y se fueron hácia el volcan con los Sres. Obregon, Lara y otro señor de Ameca, quedándome yo, el Sr. Huitrado el gigante y los demas al rancho.

Pasado cierto tiempo los vimos apareciendo por el arenal, y los Sres. Corchados, cuyas cabalgaduras eran buenas, iban adelante de todos, y llegaron montados hasta cerca de la nieve, en donde se apearon, y habiendo esperado á los otros prosiguieron el camino. Dejaron á derecha Rancho Viejo, y subiendo en zig-zag dirigiéndose hácia las rocas que se notan desde Tlamaca, y que indican la direccion del Malacate encumbraron; y dejadas estas peñas á la izquierda desaparecieron.

Mientras ellos efectuaban la subida del cono me fuí con el gigante hácia el norte, bajamos el barranco de las Canoas, cuya agua estaba helada con un cristal de $\frac{3}{4}$ de pulgada de espesor: subimos al cerro, el cual hasta un cierto punto está cubierto de ocotes y acaba como ya vimos con los cedros arbustos en su cumbre.

Subiendo este cerro ví que habria podido subir muy bien el volcan, que mis pulmones y mis piernas estaban tan buenas y listas que encumbré primero, y despues de mí apareció el gigante, quien iba abastecido de un azadon para escavar y hallar algun ídolo ú otra antigüedad india. Entónces sentí el haber desconfiado de mí mismo y de no haber emprendido con los Sres. Corchados, la subida al cráter. Ademas, el dia era magnífico, sin nubes y sin aire. Sacaron con la máquina fotográfica varias vistas estereoscópicas de la parte interior del cráter; mientras que yo hacia desde el cerro de Tlamaca, el apunte del volcan.

Hallándonos encima del cerro, echamos una mirada á las inmediaciones que nos rodeaban, y particularmente hácia el Norte, en donde columbrábanse varias hondonadas boscosas; en una de las mas próximas me hicieron observar el camino de cabalgadura de Ameca á Puebla, y el gigante

me indicó la localidad, que no bien distinguí, de Pelagallinas; cuyo nombre pronunció bajando algo la voz, como que le causara algún pavor, y luego me dijo, que aquel lugar era aun más peligroso por los ataques de los salteadores, que el del mismo Paraje. En seguida, ellos se pusieron á escarbar, y yo á dibujar la vista del Popocatepetl. A poco oí que estaban observando algo en una piedra, y como si dudaran fuese artificial ó casual de la naturaleza los accidentes que miraban: fuí á ver, era una especie de losa toscamente cortada, casi cuadrada, cuyo lado mayor puede haber tenido medio metro, con un decímetro ó poco más de grueso: en el lado inferior, que habian volteado hácia arriba, tenia alguna cosa esculpida, pero talmente informe, que por cuanto escudriñé no pude comprender lo que el artista se habia propuesto figurar: así es que no creyendo bien fatigarse de balde la dejaron allí. Despues de haber escarbado en algun otro punto y sin fruto, se deslizaron y bajaron á Tlamaca, dejándome dibujando encima del cerro. La localidad cercana de Pelagallinas habia causado algun recelo y no quisieron llamar por mas tiempo la atencion en aquel punto; y como endonde estaba yo no era visible, creyeron escusado distraerme de mi ocupacion.

Antes de descender del cerro cojí un cardo seco bastante hermoso, y un ramito de cedro arbusto, y bajé tomando hácia el Sur en lugar del Surueste, y me hallé de repente en la orilla del precipicio de rocas verticales que ladean al barranco, ya bastantemente profundo; y entonces variando de direccion descendí en el punto de las canoas. Allí enencontré al Sr. Casarin con su cartera, en compañía del Sr. Han, aleman, naturalista y músico, de estatura colosal, con

quien hecha amistad le obsequié dándole, á petición suya, parte de mi ramita de cedro. El Sr. Casarin me mostró su dibujo del Popocatepetl, el cual tenia bastante atractivo. Me dijeron que al dia siguiente subirian al volcan. Vuelto al ranchito, comí muy de prisa alguna cosa.

Serian ya las cuatro de la tarde, cuando vimos, con ayuda del antejo que nos favoreció el naturalista, á los compañeros que descendian por las nieves. El Sr. Huitrado y otros dos se quedaron para esperarlos: yo, el gigante, Garnica y otros tres señores de Ameca, nos adelantamos para llegar ántes á dicha poblacion.

Mi caballo se habia vuelto tan asoleado y flojo que buen trabajo tuve para hacerle mover las piernas hácia adelante. Encumbramos el ocotal y llegamos al primer barranco que se ladea; en que el sol hallábase ya muy bajo; y aunque hubiese estado el dia, y continuare en perfecta calma, la atmósfera era tan densa que nos permitia mirarle sin ninguna molestia, presentándonos como un grande disco anaranjado: á poco iluminó ó mas bien patentizó un pequeño espacio de la cordillera de Ajusco y metídose detras volviöse á borrar, y empezó el crepúsculo.

La luz del dia íbase mas y mas apagando; oscurecia con tanta rapidez, que descendimos al paraje viendo apenas por donde ir.

Habia anochecido, y á pesar de eso, quiso el gigante darnos pruebas de su pericia, y dejando el camino practicado tomó la vereda mas corta, y á no ser por el perfecto conocimiento que este señor tenia de la localidad, y de ver á oscuras como los gatos, nos hubieramos indudablemente desbarrancado; ademas habia en su contra, que á causa del trigo los pasos de las veredas estaban obstruidos, y se vió

precisado á abrir algunos para hacernos pasar. Yo no veia absolutamente nada y dejaba al juicio de mi yegua escoger por donde ir. Vimos andando, una grande lumbrada; habia un guarda trigal, que estaba con su familia bajo de un cedro calentándose al fuego; conocíalos el gigante y nos cambiamos las buenas noches. Aquel episodio, con el bosque y la llamarada formaban un cuadrito, una escena nocturna muy agradable. Poco despues salimos del bosque y entramos en la llanura: pasamos el riachuelo pedregoso de Tomacoco, y con otra legua de camino estábamos en Ameca delante de nuestra habitacion.

Eran las nueve y media cuando entramos en la casa: cenamos alguna carne, y habiendo ya esperado á los compañeros una hora mas de lo convenido nos acostamos. Garnica dormia ya profundamente; yo por accidente y aunque á oscuras, estaba componiendo alguna cosa de mi cama para descansar mejor: serian ya las doce, cuando oí pisoteos de caballos y despues tocar el zaguan. Todos dormian; aunque á oscuras me levanté y á tientas fuí á abrirle el zaguan, despues de lo cual volví á acostarme y descansé hasta la mañana.

Al dia siguiente salí temprano de Ameca con el jóven Garnica y nos fuimos á caballo hasta Chalco, en donde se nos reunió el Sr. Lara. Queriendo yo conocer la vía del canal elegí irme con ellos en canoa, quedando en que saldria del embarcadero entre las cuatro y las cinco de la tarde; pero salió ya muy cerca de la oracion. Oscurecido, bajaron el toldo y quedó un cuarto completamente cerrado; y tan bajo, que uno no podia estar no digo derecho y en pié, pero ni siquiera sentado. Cenamos café y leche que mis compañeros tuvieron la prevision de comprar en

Chalco; despues de que apagaron las luces, y tuve que estarme tendido en la canoa sin ver ni dormir; continuamente molestado con los pasos y golpes de los remeros, y los que recibia la canoa encontrándose y tropezando con otras.

Llegados á Colhuacan, tuvimos á causa del dique que dejar nuestra canoa y entrar en la que estaba esperándonos en el otro canal.

Cerca de Mejicalcingo nos amaneció y levantaron el toldo. Pasamos por San Juanico, Ixtacalco y Santa-Anita, entrando á México por la compuerta de la Viga y saltando á tierra delante de la de Santo Tomás.

Ya cerca de la Academia encontré un amigo quien quedó asustado al verme desfigurado por las costras que tenia en la cara, ocasionadas por el sol, las llamaradas y el aire frio de la nieve, en verdad, tenia un aspecto y color tales que parecia quererme supurar la cara.

Estando en mi estudio, tuve continuamente visitas tanto para ver mis apuntes como para tener noticia de la excursion. A cosa de las cinco y media, hallándome solo, quise tirarme un rato en la cama con intencion de descansar un cuarto ó media hora á lo mas, y salir despues para hacer alguna visita; por lo mismo me tendí vestido y con todo y botas; pero, en lugar de despertar al cuarto ó á la media hora desperté á las seis de la mañana del dia siguiente.

FIN.

